

La carta de Yon, de Julio Vila

Jorge Sanz Barajas

VILA, JULIO: *La carta de Yon*, Editorial Hiria, Donostia, 2011, 157 pp., ISBN 978-84-9797-447-9

«Por qué callar, dejando el pensamiento sin voz,
Y los sentidos sin palabra
¿No sabes acaso que si siembras silencio
Recogerás la cosecha del olvido»

JOSÉ BERGAMÍN

La lucha por lo identitario, la apuesta por lo único y lo exclusivo, además de aislar, seca y mata. Seca y mata hasta la vida comunitaria, la confianza y el amor. La lucha en exclusiva por lo identitario, hace que el protagonista de La carta de Yon, Andoitz, acabe fracturado interiormente, incapacitado para expresar libremente sus emociones, paralizado por el miedo y llevado, finalmente, a una muerte anunciada.

No es lo mismo escribir este artículo antes que después de la polémica suscitada por el escritor Fernando Aramburu acerca de la responsabilidad de los escritores vascos durante los años duros. El que esto firma vivió en Euskadi durante varias etapas de su vida y convivió de manera directa y perpleja con la violencia y sus víctimas. Respiró el aire fresco de la Nueva Etiopía, de los ecos de la Banda Pott, con Atxaga, Juaristi, Sarrionandia... La búsqueda de

lo universal en lo vasco y viceversa. Quien esto firma leyó con ojos de lector (al parecer los más difíciles de adquirir entre tanto mercado literario) los impagables textos de Sarrionandia con la misma pasión lectora con que había leído a Jon Mirande, a Baroja, a Unamuno, o a Bergamín en su exilio donostiarra. Ojos de lector, que nunca puso banderas a modo de filtro no fuera a ser que los árboles acabaran por ocultarnos el bosque. El que esto firma sufrió presiones cuando descubrió que Max Aub ponía en sus novelas las mismas frases en boca de falangistas y de comunistas. El que esto firma vivió la descalificación cuando demostró que Bergamín era «abertzale» porque eso era ser «amigo del pueblo», no porque fuera nacionalista vasco –que no lo era ni lo fue jamás, antes bien un romántico españolista y republicano restitucionista...-. Y que escribía en «Punto y Hora» porque «los vascos eran los más españoles de todos porque eran los últimos que tenían la pistola en la mano» y quizá porque sólo encontró refugio en su hija Teresa y su compañero Castells, un hombre muy cercano al mundo de Batasuna. El que esto firma también acostumbra a leer con pasión a Celine aunque repudie sus ideas, y no por ello deja de considerarle un maestro de la prosa.

Sinceramente, no le encuentro sentido a las palabras de Fernando Aramburu sobre Atxaga, criticando que éste sitúe su última novela en el Congo; quizá otro día encuentre mejores estrategias comerciales... ¿Desde cuándo hay que ambientar una novela en un lugar para hablar de él? ¿Acaso no hemos pasado años tratando de salir de localismos trillados en exceso? Nadie negará que Saint Exupéry consiguió hablar más de este mundo precisamente cuando anduvo escribiendo sobre otro. No gana valor literario el riesgo, sino la profundidad de las dimensiones de lo narrado. Y de eso no adolece Atxaga.

Quizá el error de Fernando Aramburu estriba en esperar que toda literatura tienda a la verdad, cuando lo que hay que esperar de ella es, en primer lugar, calidad; y respecto a la verdad, que sea capaz de recrearla. Atxaga ha pasado años tratando de explorar el carácter universal de los conflictos; no iba ahora a traicionarse. Hay muchas maneras de ser vasco, no todas pasan los mismos ríos ni por los mismos puentes. Pero he de decir que he encontrado una que aborda el conflicto vasco desde las personas que tienen ideas, y no desde las ideas que tienen personas. Es de agradecer que su lectura fascine, además.

La carta de Yon, de Julio Vila

La carta de Yon, segunda novela de Julio Vila tras su estreno en el género con el libro *Confesiones de un dj* (2007), es un libro mordido por la honestidad. Estamos ante una novela que se despliega entre las manos tejida entre secretos y premoniciones. La narración se va extendiendo con un ritmo creciente de la mano de la voz narrativa, Andoitz, un «joven maduro» propenso al llanto, de emociones firmes y resueltas, permeable al entorno y con capacidad para seguir creciendo. El esquema narrativo sigue un modelo canónico que no deteriora en absoluto las cuerdas de la novela, sino que contribuye a tensarlas con suavidad: comienza explicitando su carácter retrospectivo cuando Andoitz anticipa la presencia de la muerte ya en la segunda página: «lo que no imaginábamos, ni uno de los dos, era que el presunto homicida iba a ser yo», al más puro estilo de los cuentos de Poe, que solían empezar con este tipo de vaticinios. Cuando el narrador desvela sus armas, sabemos que estamos en las manos de un narrador omnisciente total cuya voz teje su propia memoria y no nos queda sino dejarnos llevar en sus manos. Pero la narración no se queda ahí: reconocemos en Julio Vila una excelente habilidad para caldear emociones que harán hervir a fuego lento una historia trepidante en la que los

personajes no sólo viven hechos e historias, sino que crecen sentimentalmente con ellos. Y ciertamente los oímos crecer.

En este mismo punto, apenas empezada la narración, Andoitz revela las dos claves de la amistad: en primer lugar, frente a los muros sentimentales que algunos en San Juan de Alai levantan entre los vascos y los otros, el protagonista ha aprendido que las claves identitarias dejan de ser necesarias –la relación del protagonista con Jerome, amigo de madurez–; la segunda clave: es más importante creer en las personas que en las ideas; confianza es la traviesa sobre la que discurre la vida: por eso Jerome nunca deja de confiar en Andoitz y sabe que su amigo no ha matado a nadie. Sobre estas dos vías, la confianza y la identidad intercultural, se cuaja esta subyugante historia.

Julio Vila echa mano de un recurso, una carta perdida por dos veces –la primera en manos de la madre de su amigo Iker, la segunda en el local «O Camiño», donde se despliega la tragedia– que recuerda a esa carta robada de Poe que, como ésta, en caso de caer en otras manos perjudicaría seriamente a su remitente. Esta carta –una comunicación diferida que le llega a Andoitz sólo porque decide seguir lo que él entiende que es

su deber: regresar a la casa de su padre, regresar a sus orígenes—contiene en las dos lenguas de Yon, el castellano y el euskera compartidos con Andoitz, todo lo que ambos han dejado de vivir y sufrir juntos, las claves que explican los fracasos emocionales de ambos, las huellas del dolor y las consecuencias de la incomunicación y la desconfianza. A diferencia de *La carta cerrada*, de Gustavo Martín Garzo, donde Daniel no verá la necesidad de leer la carta de su madre para desvelar el pasado, Andoitz afronta el dolor que entrevé en las palabras de Yon y abre la misiva. Pudiera haber sucedido de otro modo, pero Andoitz es hombre de acción y prefiere jugar con las cartas boca arriba. Ha crecido en un mundo difícil y denso, ha madurado en el exilio, sabe que las señales que han de determinar su vida pasan por regresar y abrir todas las puertas de San Juan de Alai: sólo así será posible seguir adelante.

Lo que destee las relaciones es precisamente la desconfianza: Andoitz deja un pueblo que se desmorona por la violencia y la sospecha: allí pocos se atreven a hablar o a amar libremente. Todo ha quedado sometido a la consecución de unos logros identitarios, incluso la comunidad o el amor. En San Juan de Alai, caída la dic-

tadura —estamos en 1977— todos se atreven a hablar pero nadie se atreve a confiar. Las relaciones posibles se acaban incendiando en el fuego abrasador del resquemor. Andoitz pierde en ese fuego al amor de su vida, Lorea, una joven intensa e inteligente cuya vida acabará perdiéndose por los sumideros del odio; pero también pierde una madre, la de su amigo Iker, una mujer abandonada por un marinero gallego en la que Andoitz cree ver a esa madre que no conoció y a la que su padre, viudo ya, añora; esa relación entre la madre de Iker y el padre de Andoitz, posible en cualquier otro mundo que no fuera San Juan de Alai, acaba disolviéndose como lágrimas en la lluvia. Ese mismo germen infecta la relación de Andoitz con aquella mujer a la que descubrirá al final de su periplo desde Córcega hasta Euskadi. El odio todo lo come, todo lo quema, abduce las emociones y seca la vida.

Conforme uno lee *La carta de Yon*, adivina que la vida de los personajes crece precisamente por lo que se desconoce. Uno cree reconocer esos timbres ocultos que Montxo Armendáriz sugiriera en *Secretos del corazón*, e incluso cree adivinar las mismas voces latiendo por debajo de la narración, como si su piel protegiera un delicado tejido: Andoitz va descubrien-

do que nada en su tierra es lo que parece, y que el desde el cuarto de fotografía de su padre hasta la pasión oculta de la madre de Iker, pasando por la inclinación desde las palabras hasta la violencia, presente en Gorka Irureta, el padre de Yon o la propia Lorea, pero también en la familia Medina. No es difícil entrever lo que Julio Vila destapa con crudeza: los pasados idílicos con los que a veces cubrimos la historia no son sino falsificaciones infantiles; del mismo modo que no existe un San Juan de Alai edénico, tampoco es lógico aferrarse a imágenes de una Euskadi atávica que probablemente nunca existió. Los secretos mueren o matan, esa es la cuestión.

La historia avanza sobre una línea temporal nítida: el regreso. Andoitz decide volver a San Juan de Alai para ver el rostro de una tierra donde los amigos le dicen que la gente mata y muere. Cada vez que sus ojos encaminan el mar desde el barco que le lleva de Ajaccio a España, el recuerdo brota de manera natural, como si nada pudiera impedirlo, haciéndose un sitio en su mente como una polilla en un armario. La narración transita a tropezones entre el viaje físico y el psíquico con un rodaje suave y preciso.

La trama se desarrolla de manera sencilla, en forma de triángulos

que se anudan encercando conflictos conforme avanza la historia: encontramos un primer triángulo formado por Iker, Andoitz y Yon en el que se tejen historias de la infancia (a veces, esos triángulos se tejen en torno a Andoitz, que queda en incómodos intermedios entre los niños vascos y los españoles, encarnados en Manuel, que compiten en una simbólica carrera de obstáculos en la que Andoitz resulta premonitoriamente lesionado; en el segundo bloque, los conflictos dejan atrás la infancia y se amarran en torno a problemas más complejos: los preparativos para una manifestación en defensa de la escuela en euskera colocan al padre de Andoitz, corresponsal de un periódico de ámbito nacional, frente a las primigéneas fuerzas abertzales de San Juan de Alai, Gorka Irureta y el padre de Yon: de nada servirá la amistad entre los niños; el padre de Andoitz es invitado a abandonar el pueblo. De nuevo, Andoitz queda en el extremo débil del triángulo conflictivo. En el tercer bloque, Andoitz vuelve a perder en su triángulo entre Lorea y la lucha armada. En el último ejercicio narrativo, el protagonista queda de nuevo en el extremo débil de un triángulo polémico entre la familia Medina, el amor de María y su sospechosa condición de vasco para los españoles. Por último,

Andoitz deberá definir su amor entre dos antagonismos: una mujer herida por la violencia como víctima frente a otra mujer herida por la violencia como verdugo. Esa tendencia de Andoitz a situarse en los extremos más débiles de los triángulos de conflicto le llevará a un punto muerto, allí donde es imposible discernir entre todos los mundos posibles, simplemente porque han desaparecido.

Conforme avanza la historia, el personaje de Andoitz crece de manera enigmática: por una parte va contrayendo deudas emocionales con su pasado –su trabajo como especialista en ciclismo en L'Equipe parece responder a un débito con su amigo Iker, la honestidad de su padre, el amor inalterable a Lorea... Pero la renuncia forma parte de su vida como discurre un arroyo monte abajo. Hay en él un poso de religiosidad popular que le lleva a desmoronarse en su retorno al oír el Angelus, o a rezar tras hacer el amor. Quizá sea así porque sus heridas del cuerpo se asientan en el alma como el légame en el lecho del río, y todo acaba trascendiendo en él y en su sentimentalidad creciente.

Los espacios desempeñan un rol esencial en el que se adivina la mano de Atxaga. No en vano, el protagonista lleva bajo el brazo *Bi letters* cuando regresa al bar

«O Camiño». San Juan de Alai es un espacio mitificado que se desplaza hacia el crudo presente conservando escasos restos del pasado: el árbol en el que señalaban la presencia los tres amigos año tras año, el puente de las confidencias... Pero los caseríos están cerrados a cal y canto para el extranjero Andoitz, que sólo encuentra refugio y consuelo en el cementerio donde está buena parte de su infancia; allí, fronterizo con la muerte, recibe la carta de Yon en la que descubrirá secretos que acabarán por arrojarle los años a los ojos. Descubrimos que no hay centro en el mundo de Andoitz: en la novela, el bar «O Camiño» está en la Plaza Alberdikoa «en la capital de mi provincia», pero no hay tal en Donostia... Y sí en Zestoa, de donde es natural Julio Vila. Algo de ese mundo transterrado se ubica quizá también en el imaginario infantil del autor, aunque transitar por estos lares interpretativos es patinazo seguro...

Al final, la novela deja un regusto amargo: Andoitz no sabe si podrá olvidar a María del mismo modo que no sabe si podrá seguir amando a Lorea. La incapacidad se ha hecho dueña de sus emociones. A pesar de los años pasados fuera de su tierra, a pesar de haber despejado sus sentimientos

La carta de Yon, de Julio Vila

de denominadores viciados, en él late aún la imposibilidad e salir del marco. La clave de la indecisión es en definitiva la larva del miedo, pero no parece estar dispuesto a quedarse ahí: «¿Qué habría pasado si hubiéramos nacido en otro país?», se preguntaba ya en la página 39... Y siguió adelante. Pese a todo, su amigo Jerome, ajeno y refractario a todo lo vasco como un extremeño al océano, sigue creyendo en Andoitz porque cree en las personas más que en las ideas.

Dotar de sentimentalidad al otro, vertebrar sus emociones, conocer su pasado, su historia, sus herencias y miedos, despegarnos de lugares comunes, dejar de hablar de lo de siempre, creer que es posible, desatascarnos la impotencia... Todas ellas son tareas que tenemos pendientes. La novela teje formas de resolver conflictos, dibuja estrategias y modela operatorias de conducta. Quizá sea ésta una buena novela para jueces, víctimas, verdugos, para todos aquellos que creen que no es posible. ■